

MICHEL MAFFESOLI. UNA TEORÍA SOCIOLÓGICA POSMODERNA

Ángel Enrique Carretero Pasín

Universidade de Santiago de Compostela
Departamento de Socioloxía

Resumen: Este trabajo pretende estudiar los elementos esenciales sobre los que pivota la innovadora Teoría sociológica posmoderna propuesta en los últimos años por Michel Maffesoli. A este respecto, distinguimos cuatro puntos básicos sobre los que se vertebra la sociología maffesoliana. Primeramente, examinamos su perspectiva filosófico-sociológica global en torno a la modernidad y las consecuencias generales que de ella se derivan. A continuación, analizamos su particular visión de lo político resultante de esta perspectiva. Luego, nos adentramos en cómo Maffesoli retoma el problema clásico del Sujeto para reconfigurarlo de acuerdo a unas nuevas coordenadas teóricas. Finalmente, ponemos de relieve la trascendencia concedida por este autor a un arcaísmo que estaría operando en las sociedades actuales.

Palabras clave: Posmodernidad, política, sujeto, arcaísmo.

Abstract: This work pretends to study the essential elements on which gravitate the innovative sociological Theory posmoderna proposal in the last years by Michel Maffesoli. In this regard, we distinguish four basic underlying it articulate the sociology of Maffesoli. First, we examine his philosophical-sociological perspective on global modernity and overall consequences it entails. Then we analyze their particular vision of politics from this perspective. Then we move into how Maffesoli reverts to the classic problem Subject to reconfigure according to a new theoretical coordinates. Finally, we emphasize the importance accorded by this author to be an archaism that operate in today's societies.

Key words: Postmodernism, politics, subject, archaism.

I. EL AGOTAMIENTO DE LA MODERNIDAD

Michel Maffesoli realiza una lectura especialmente crítica de la modernidad que nos posibilitará la comprensión de su posición teórica en el tan enconado debate actual en torno a la posmodernidad. Desde los comienzos de su trayectoria intelectual, Maffesoli se distancia de aquellas corrientes de pensamiento que habían interpretado la modernidad con un signo de optimismo. Desde su perspectiva, el

despliegue de la cultura moderna entrañaría más una pérdida que una verdadera ganancia; de ahí que el advenimiento de lo posmoderno no sea diagnosticado con el pesimismo que embarga a buena parte de los analistas sociales actuales. Para ser más concretos, el distanciamiento con respecto del ideario filosófico y político moderno tendrá como referencia fundamental la entronización del excluyente y totalitario modelo de razón instaurado en

la modernidad. La optimista implantación de este modelo de razón, tan victoreado por el pensamiento ilustrado, no ha revertido, según él, en la conquista de un mayor grado de libertad real del individuo; por el contrario, a su juicio, habría una estrecha relación entre *Razón moderna* y *Dominación*. Maffesoli, como ya hiciera Michel Foucault, trata de mostrar la "zona sombría" de un mundo gobernado por una razón mórbida que llega a colonizar por completo la lógica de las distintas instituciones y a atrapar en su seno la vida del individuo. Tras la enarbolada "luz" metafórica ensalzada por la razón ilustrada, se esconde, sin embargo, la estrecha connivencia de ésta con el desarrollo de una perversa «organización racional de la sociedad» sobre la que se asentaría una lógica tecno-productiva que gobernaría las sociedades actuales y que conduciría irremisiblemente a la *reificación* del individuo. En última instancia, la imbricación sustancial existente entre *razón* y *dominación* estaría íntimamente ligada a una concepción *prometeica* de la historia en la que el hombre buscaría erigirse en dueño y señor de una naturaleza considerada como mero objeto de dominación y explotación al servicio de un pretendido avance y mejora de la humanidad; lo que contribuirá, asimismo, a consagrar la noción de *Trabajo* –de lo que no se exime, ni mucho menos, el marxismo– en vértice angular sobre el que pivota incluso la integración social¹. De hecho, Maffesoli apunta que la irracionalidad con la que la religión fuera simplificadoramente catalogada por el espíritu encubridor de la Ilustración encubriría, en realidad, un interés por borrar a aquella del entramado social, al pasar a ser concebida como una traba que frenaría el despliegue de la planificación racional y productiva dibujada en la época moderna. Esta actitud antimoderna no es, en absoluto, por otra parte, novedosa; hunde sus raíces y se alinea con una negativa visión de la modernidad que, bebiendo básicamente del pensamiento de Friedrich Nietzsche, tendría sus más ilustres repre-

sentantes en Max Weber y la primera generación de la Escuela de Frankfurt (Theodor Adorno y Max Horkheimer) o, por supuesto, en el mismo Foucault. A juicio de Maffesoli, el triunfo de la razón moderna, sin embargo, no sólo no ha conseguido, en absoluto, liberar las expectativas emancipadoras que enarbolaba, sino que, por el contrario, ha asentado las bases de un *desencantamiento del mundo* que abona el surgimiento del *nihilismo*. Y esto por dos razones fundamentales que afectan a su naturaleza intrínsecamente totalitaria. Por una parte, porque este modelo de razón buscará excluir, reprimir y anatemizar todas aquellas instancias de la experiencia social que extralimiten el orden de lo racional, tales como lo pasional, lo sensitivo o lo emocional; en suma, trata de repudiar el orden de lo *no-racional* siempre omnipresente en la existencia social. Por otra parte, porque, cuestionando y socavando el mito y la religión como fuentes de sentido central en las sociedades precedentes, sacraliza y mitologiza, paradójicamente, la racionalidad tecno-científica².

Vinculado a lo anterior, Maffesoli se destaca de la categoría de progreso como eje nuclear sobre el que gravita la vida de las sociedades occidentales a partir de la modernidad. El progreso, «metamorfosis secularizada del tiempo judeo-cristiano» según Karl Löwith, «proceso en si mismo progresivo» al decir de Hannah Arendt, entraña una concepción lineal de la historia orientada teleológicamente en una dirección: la paulatina consecución de un mayor grado de perfección social por medio de la confianza depositada en la racionalidad tecno-científica. La modernidad, aparentemente depurada de lo mítico, transforma, así, el progreso en su mito central; mito central que, en buena medida, marcará el rumbo del pensamiento evolucionista y también positivista del siglo XIX. Progreso que implicará, además, la asunción de una consideración histórica basada en una sucesión concatenada de estadios siempre guiada por una superación del tiempo histórico

precedente, pero, también, una visión de la historicidad como algo siempre inconcluso, inacabado, instalado en una permanente e insaciable demanda de una novedad identificada como avance³. Progreso a partir del cual, asimismo, la dimensión del tiempo presente se ve absolutamente secuestrada, puesto que, a partir de este momento, quedará subordinada a un régimen de temporalidad vectorializada al futuro.

Pero además, desde otro ángulo, el rechazo maffesoliano del ideario moderno está ligado a la negativa a aceptar la filosofía de la historia sobre la que éste descansa. La emancipación, móvil último que guiaría el sentido de la historia propugnado por la modernidad, no sería, en última instancia, más que una variante secularizada y reorientada intrahistóricamente del anhelo de salvación que fuera introducido por el judeo-cristiano. La filosofía de la historia moderna, heredando y metamorfoseando el andamiaje teórico judeo-cristiano que planteaba una salvación al final de los tiempos, tendrá como *telos* la conquista final de una reconciliación del hombre consigo mismo, la consecución de un paraíso redentor materializado históricamente. No obstante, Maffesoli entiende que esta versión de la historia no hace justicia a la esencia de la vida social, alertándonos, además, del potencial totalitarismo que encierra. A su juicio, dicha versión de la historia perseguiría alcanzar como objetivo final la realización de una sociedad perfecta, transparente, liberada de coacciones, en donde la contradicción inherente a la vida social debiera desaparecer; en sus términos, sería una visión *dramática* de lo social, inspiradora del pensamiento ilustrado, del marxismo y, en general, de los distintos programas ideológicos gestados en el siglo XIX conducentes, como denominador común, a un inevitable totalitarismo. Como antítesis a la filosofía de la historia sobre la que descansa la modernidad, Maffesoli plantea una versión *trágica* de lo social; aquella en donde se acepta, por el contrario, la imperfección y

la contradicción como signos definitorios e irresolubles de la existencia social. Se trata de romper, así, con la vieja herencia judeo-cristiana que había estimulado un *telos* histórico a cumplir, tan irrealizable como falseador de expectativas sociales⁴. De algún modo, el pensamiento maffesoliano toma partido por la crítica de Nietzsche al legado judeo-cristiano, en detrimento de la nostalgia que embargaba a Marx por alcanzar un paraíso redentor en la tierra.

Ahora bien, según Maffesoli, la sensibilidad posmoderna, término que prefiere utilizar dada su negativa a encerrar los todavía difusos contornos de lo posmoderno en una apriórica definición conceptual, estaría testimoniando un desgaste y, consecuentemente, un descrédito de los grandes mitos referenciales que habían impulsado la modernidad. Así, la posmodernidad estaría mostrando que categorías tales como *Razón, Trabajo, Progreso o Historia*, que sirvieran de andamiaje para la edificación de los *metarrelatos* legitimadores del mundo moderno, se encontrarían, en realidad, en una situación languideciente. Dicho de otro modo, la cultura característica del modelo de sociedad nacido a final de la década de los setenta del pasado siglo no se reconoce ya en los «mitos referenciales», en las «matrices centrales» forjadoras de sentido, propias de la modernidad. Estos «mitos referenciales» siguen, en efecto, indudablemente perviviendo; aún cuando se revelen, no obstante, obsoletos e incapaces ahora, a diferencia de antaño, de servir como guías de una naciente dinámica en la que se hallaría inmersa la sociedad. Esto explica el por qué, para Maffesoli, existiría un pronunciado desajuste entre el legado moderno que todavía intenta pervivir como rector de la vida social y una sociedad *real* para la que este legado ya no goza, en absoluto, de credibilidad.

II. LA SATURACIÓN DE LO POLÍTICO

La época moderna, entiende Maffesoli, sacraliza lo político. A lo largo de la

historia que precede a la modernidad, lo político nunca había adquirido el rango sagrado que se le atribuirá en la modernidad, en donde, y para ello Maffesoli recurrirá reiteradamente a una sentencia de Karl Marx reflejada en *La cuestión judía*, se tornará en «una forma profana de religión». No obstante, para elucidar el significado del planteamiento maffesoliano, es conveniente adentrarnos primeramente en el esclarecimiento de lo que para éste consistiría la esencia antropológica de lo político. En este sentido, según Maffesoli, la esencia de lo político radicaría en su inherente eficacia para fraguar y fortalecer un «*nous communautaire*». El universo de lo político daría respuesta, entonces, a una demanda de comunión que anidaría en todo cuerpo social. La divinización de lo político sería, pues, una expresión mediante la cual se reafirmaría, siguiendo a Émile Durkheim, «*lo divino social*», es decir, el vínculo inmaterial que *funda* sociedad. Se trata, en sus términos, de la «*la force imaginative du politique*». El carisma de un político, entonces, vendría dado, en última instancia, por su capacidad para destapar y canalizar el potencial «*nous communautaire*» atesorado en todo grupo o colectividad. Así pues, Maffesoli desvela cómo el auténtico fundamento de lo político es siempre religioso; en otros términos, no habría política sin religión, entendiendo religión en su sentido etimológico, aquello que posibilita cimentar una «*re-ligación*» colectiva⁵.

Las sociedades premodernas disponían de una enriquecedora gama de recursos culturales, especialmente de carácter religioso, garantizadores de la conservación de un sólido espíritu comunitario, ofertando una constelación ritual y simbólica encaminada a mantener un invisible lazo colectivo. Con anterioridad a la génesis del individuo moderno como una *mónada* separada y autosuficiente con respecto al todo social, el vínculo societal poseía una naturaleza propiamente fraternal, sentimental, afectiva; o, utilizando una

expresión recurrente en Maffesoli, descansa, siguiendo a Robert Musil, en un «*Gruppenseele*», en un «*alma de grupo*». La creación moderna del individuo, sin embargo, modificará por completo el carácter del vínculo comunitario de hasta entonces, pasando éste a adquirir una dimensión ahora estrictamente contractual y consensual. En este contexto, en la época moderna, y especialmente como resultado del triunfo de la Revolución Francesa como elemento político más descollante, lo político se transformará por vez primera en el decurso histórico en el espacio privilegiado y exclusivo en donde el sentimiento comunitario se vehiculará y cristalizará, propiciando, de este modo, una identificación plena y sin precedentes anteriores de lo social con lo político. A partir de la modernidad, lo político se configurará como el ámbito por autonomasia en donde se exterioriza una pasión compartida y un sentimiento común, en donde se entra en una sintonía sentimental, emocional y afectiva con otros. Dado que lo político se funda necesariamente en lo religioso, la modernidad, al inaugurar la «*religión política*», al consagrar lo político, provoca que lo político se erija en aquella instancia en donde se proyectará «*lo divino social*».

En consonancia con lo anterior, el auge de las ideologías políticas durante los siglos XIX y parte del XX debería ser interpretado desde las coordenadas anteriores. En sus distintas expresiones, las ideologías políticas comparten un mismo denominador común: realizar un proyecto histórico destinado al cumplimiento de un *telos* siempre futuro que colma de sentido al presente. La verdadera fuerza de éstas reposaría en el horizonte utópico que proponen; el cual sirve, en última instancia, para fraguar y orientar un espíritu comunitario. El sentimiento de estar coparticipando en una misión histórica es aquello que, en definitiva, posibilita la gestación de un vínculo societal entre aquellos correligionarios que a ellas se aferran.

La «saturación de lo político», sobre la que tanto insiste Maffesoli cuando busca radiografiar los trazos de la cultura posmoderna, es indicativa de que lo social ya no se reconoce en la «forma política» diseñada en la modernidad. No se trataría de certificar una defunción de lo político, de plantear la existencia de una «*transpolítica*» al modo de Jean Baudrillard, sino, más bien, de revelar el cansancio de las expresiones mediante las cuales el fundamento de lo político, el «*nous communautaire*», ha llegado a concretarse a raíz de la modernidad. «Saturación» que estaría señalando, pues, el agotamiento de una «forma política» ya acabada y la necesidad de surgimiento de una nueva. La posmodernidad, en este sentido, estaría mostrando cómo el sentimiento comunitario, el «*être ensemble*», ya no se canalizaría ni se reconocería en el universo de lo político moderno, ya no se identificaría con sus manifestaciones ideológicas ni con la futurización de la historia que guiaba a éstas. En la emergente sensibilidad posmoderna, la demanda comunitaria toma cuerpo en las nuevas expresiones «*neotribales*» que han aflorado crecientemente en las últimas décadas, adopta la «forma» de un «*neotribalismo*» diseminado por los diferentes escenarios de la vida social. Dicha demanda comunitaria se metamorfosea, se transfigura, pues, en un abanico múltiple de identidades, deportivas, musicales, etc.. que pueblan el decorado de la vida posmoderna; cuyo *Leitmotiv*, además, no es ahora el proyectarse sobre un horizonte de futuro, sino el vivenciar intensamente el presente⁶. Este estado de tránsito en el que lo político moderno se nos muestra ya desgastado, «saturado», y en el que las nuevas identidades «*neotribales*» brotan con un inusitado vigor para suplantarlos, se correspondería, entonces, con uno de los rasgos esenciales de la posmodernidad; lo que, en suma, nos permitiría comprender la palpable indiferencia, «*la désaffection*», suscitada en la actualidad por lo político, nos posibilitaría desvelar las claves de

cómo lo político se ha tornado en un carácter de absoluta exterioridad a lo social.

III. LA DEBILITACIÓN DEL SUJETO. LA IDENTIDAD COMO IDENTIFICACIÓN

El *Sujeto* es una creación nacida, también, de la modernidad, y, al mismo tiempo, uno de los vértices filosóficos sobre la que ésta pivota. El surgimiento del *Sujeto* significa que el hombre se autoreconoce, por vez primera en el transcurso histórico, como un *Sí mismo*, como autoconsciencia, como un ser con una entidad propiamente racional orientada hacia la conquista de un mayor grado de profundización histórica de esta autoconsciencia identificable con un mayor grado de despliegue de la libertad. La modernidad propiciará una entronización del *Sujeto*, una consideración de éste como dueño y señor de la naturaleza, y, consiguientemente, como dueño y señor de su propia vida, de su destino tanto individual como colectivo. Para decirlo de otro modo, la eclosión del *Sujeto* en la modernidad implicará la irrupción de una autoconcepción del hombre como ser autosuficiente, autónomo y, por tanto, dictaminador de su existencia en sus distintas vertientes. Asimismo, la noción de *Sujeto* va a estar íntimamente ligada al descubrimiento del ser humano como un ser con una esencia que trasciende las leyes que gobernarían el mundo de la naturaleza. *Sujeto* y *Razón* se hallan intrínsecamente ligados, puesto que será la *Razón*, en cuanto facultad distintiva de lo humano, aquello que conforma al hombre como *Sujeto*, aquello que lo impulsa más allá del orden de lo instintivo, de *lo pulsional*, en suma, de los trazos característicos de la animalidad.

Pues bien, uno de los rasgos nucleares caracterizadores de la posmodernidad, según Maffesoli, será la disolución de la identidad y de la consistencia del *Sujeto moderno*. La cultura posmoderna revelaría, en este sentido, una acentuada fragilidad de la sustancialidad adquirida por el

Sujeto en la modernidad. El *Sujeto posmoderno*, si es que todavía podría ser legítima la expresión *Sujeto* en la posmodernidad, no anhela, a diferencia del *Sujeto moderno*, el orientar a su voluntad el timón regidor del destino de su existencia individual y colectiva, sino, por el contrario, el fundirse, confundirse y disolverse en una concreta atmósfera grupal. Una vez que *La Historia* carece de un nítido proyecto o finalidad a realizar por obra de un enarbolado *Sujeto histórico*, éste se difumina, sale de *Sí mismo*, se abandona, en una suerte de alteridad colectiva con otros. Además, a la idea moderna de una entidad del *Sujeto* que se encuentra en una mirada hacia *Sí mismo*, que se reconoce como autoconsciencia racional, Maffesoli contrapondrá una génesis del *Sujeto posmoderno* constituida a partir de una gama múltiple de procesos de identificación llevados a cabo en distintos escenarios en donde se fraguan interacciones sociales, y, más en concreto, a partir de la adhesión a una tribu específica en donde emanan un tipo de interrelaciones peculiares. Es lo que Maffesoli condensa con la afirmación: el tránsito de «la identidad a la identificación»⁷. A juicio de éste, el Yo es siempre tributario de la mirada del otro; por tanto, será en una determinada expresión *neotribal* en donde, en la actualidad, el individuo llegará a construir su peculiar identidad. De esta manera, la identidad fuerte propia de la modernidad da paso, así, a nuevas identidades de idiosincrasia débil, versátil, maleable y que transitan con suma fluidez por sucesivas identificaciones. Pero, además, el *Sujeto posmoderno* configurará su identidad en el espacio del mostrarse, en el orden de lo aparente más que en el de lo profundo, en el ámbito de la teatralización cotidiana; en definitiva, en el campo de lo estético convertido ahora en vehículo de creación de identidades. A este respecto, el término *persona*, cuyo significado etimológico, recuerda Maffesoli, es el de *máscara*, alude a la dimensión dramática sobre la que está siempre entretejida la experiencia coti-

diana, al papel desempeñado por el individuo en el complejo *theatrum mundi*. Y será en este aparentar, en este mostrarse, en la dramatización cotidiana, en donde el *Sujeto posmoderno* elabore su siempre precaria identidad.

La crisis del *Sujeto moderno* se halla estrechamente vinculada, por tanto, al florecimiento del «*neotribalismo*» posmoderno. La lógica/ilógica que preside éste último, como ya dejáramos apuntado, sería la «*socialité*», una pulsión orientada al «*être ensemble*», a la comunión y fusión colectiva con otros con los que se comparten similares sentimientos, afectos, gustos o pasiones y en donde el vínculo de comunión va a ser de naturaleza fundamentalmente *táctil*, de idiosincrasia propiamente *no-racional*. Así, la erupción de la sociedad posmoderna, en donde las expresiones de esta desindividualizante «*socialité*» adquirirán un tono creciente, logrará quebrar, de este modo, el *principium individuationis* sobre el que había descansado la construcción del *Sujeto moderno*, aquel considerado como una ficticia entidad perfectamente deslindada de los otros, autosuficiente y autónoma⁸.

IV. EL RETORNO DE LO ARCAICO EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Según Maffesoli, como ya hemos puesto de manifiesto con anterioridad, la concepción lineal y progresista de la historia triunfante en la modernidad habría auspiciado una visión del tiempo histórico proyectada hacia el futuro y en donde la sucesión de las distintas etapas históricas implicaría una superación de las precedentes. De esta manera, para esta concepción, el pasado es siempre mejorable y mejorado por el presente, y a su vez éste lo es por el futuro. El evolucionismo, hegemónico en el siglo XIX, aliado con el historicismo y el positivismo, serán el fruto acabado del *imaginario progresista* que llegó a deificarse en la época moderna. Pues bien, la cultura posmoderna, rompiendo con este

imaginario progresista, nos estaría mostrando, para Maffesoli, la permanente copresencia de un arcaísmo arrinconado y aparentemente superado por el espíritu racionalista moderno y que, no obstante, saldrá a relucir en la actualidad para manifestarse en la efervescencia de una variada gama de fenómenos sociales.

Habitados, como estamos, a pensar la totalidad de los rasgos de una cultura en términos de una construcción socio-histórica, sorprenderá reconocer, sin embargo, la persistencia de aquello «más originario» en el seno de «lo más nuevo». Lo arcaico, en el contexto del pensamiento maffesoliano, aludiría a una constelación *arquetípica*, siguiendo a su maestro Gilbert Durand, constituida por un repertorio de imágenes atemporales y transhistóricas que, fuertemente enraizadas en el universo mítico y encarnadas simbólicamente, pretenderían expresar, en su desnudez, lo esencial de la condición humana. Un defenestrado pero, no obstante, irreprimible componente arcaico, pues, estaría subyaciendo en el transfondo de buena parte de una cultura actual que, por otra parte, no llegaría a percatarse de ello. La dimensión *arquetípica* latente en toda vida social nos obligaría, así, a reconocer la existencia de constantes antropológicas cuya recurrente naturaleza trascendería el plano de lo propiamente histórico. Se trataría de lo más viejo, en definitiva, operando en el dinamismo de lo más nuevo⁹. No deja de resultar llamativo, por otra parte, que en el seno de una cultura, como es la occidental, vectorializada hacia el futuro, surja ahora un paradójico retorno de elementos del más remoto pasado, de lo más ancestral. Émile Durkheim, por otra parte, lo habría ya puesto de relieve, al resaltar, al final de su singladura intelectual, la profunda esencia universal y transhistórica del fenómeno religioso; mostrando, lúcidamente, la analogía de fondo existente entre las distintas manifestaciones religiosas, aquella siempre encaminada a *crear* y *re-crear* la identidad colectiva, a forjar un lazo so-

cietal. No obstante, la interrogante fundamental a abordar bien pudiera ser la siguiente: ¿Cómo actuaría lo más viejo en el seno de lo más nuevo?. Para hallar una explicación a ello, Maffesoli recurre constantemente a nociones como *transfiguración* o *transmutación*; es decir, la naturaleza transhistórica y *arquetípica* sería siempre idéntica, inmutable, aunque luego ésta llegue a adquirir modulaciones concretas bien diversas en función de las circunstancias históricas en las que se encuentre. Así, de este modo, en toda expresión cultural se conjugarían «*lo uno*» y «*lo múltiple*», «*lo idéntico*» y «*lo diferente*», «*lo perenne*» y «*lo cambiante*». La noción de «*forma*», el «*formismo*», acuñado por una de las grandes referencias intelectuales de Maffesoli, Georg Simmel, le sirve a aquel como utillaje teórico para explicar cómo es posible que lo esencial, «*lo siempre lo mismo*», logre perseverar en su existencia precisamente adoptando una variabilidad de figuraciones ligadas en cada caso a un determinado tiempo histórico¹⁰.

El desciframiento de la *lógicalilógica* que preside los fenómenos sociales tan característicos de la cultura posmoderna, tales como la música, la religiosidad, la moda o el culto al cuerpo, exige, entonces, repensar lo actual desde lo más originario. Esta simbiosis de lo actual y lo originario implica, asimismo, una reconsideración de la linealidad histórica moderna y la apertura a una nueva comprensión de la cultura en la que lo *arquetípico* actuaría en lo presente mediante una relación de circularidad o mejor de espiralidad; en otros términos, en donde un cíclico retorno de lo originario se anuda con lo presente. Por eso, Maffesoli entenderá lo posmoderno como una recuperación y reactualización, en realidad, de lo premoderno. El arquetipo tribal, la pulsión de «*être ensemble*», diagnosticada a su modo ya por Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa*, sería una magnífica ilustración de lo anterior; su persistente presencia se ensamblaría armoniosamente con acontecimientos recientes de

fuerte impacto sociológico tales como el fútbol o la música. Algo análogo ocurriría en el campo de la imagen o en el de las nuevas tecnologías, cuyo secreto magnetismo social radicaría precisamente en haberse convertido en novedosos receptáculos en donde se podría llegar a proyectar el «*être ensemble*» que favorecería la agregación comunitaria, entrando éste, así, en una perfecta concurrencia con el universo de lo mass-mediático o el de lo tecnológico. Y lo mismo ocurriría, asimismo, en el ámbito de los estereotipos culturales actuales, cuyo fundamento remitiría necesariamente a *lo arquetípico*. Por eso, pese a que Maffesoli, como ya indicáramos anteriormente, es reacio a formular una encorsetadora definición de lo posmoderno, sí ha ofrecido una aproximación a título provisional de éste en los siguientes términos: «la sinergia de fenómenos arcaicos y de desarrollo tecnológico»¹¹.

BIBLIOGRAFÍA

- MAFFESOLI, M. (1977): *Lógica de la dominación*, Barcelona, Península.
- (1982): *La violencia totalitaria. Ensayo de antropología política*, Barcelona, Herder.
- (1998): *La conquête du présent. Pour une sociologie de la vie quotidienne*, París, Desclée de Brouwer.
- (1990): *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.
- (2002): *La transfiguration du politique. La tribalisation du monde postmoderne*, París, La Table Ronde.
- (1992): *Au creux des apparences. Pour une éthique de l'esthétique*, París, Plon. Livre de Poche.
- (1993): *La contemplation du monde. Figures du style communautaire*, París, Grasset.

NOTAS

1 El cuestionamiento de la modernidad de Maffesoli se halla ya reflejado en los comienzos de su itinerario intelectual. En buena parte, su

obra posterior debiera ser interpretada a la luz de ello. Véase Michel Maffesoli, *Lógica de la dominación*, Barcelona, Península, 1977, 149 y ss.

2 Véase *Ibid.*, 149-182.

3 Para el análisis del mito del progreso y sus implicaciones a nivel de una completa racionalización de la existencia, véase Michel Maffesoli, *La violencia totalitaria. Ensayo de antropología política*, Barcelona, Herder, 1982, caps. IV y V.

4 El rechazo de la visión dramática de lo social en Maffesoli se apoya en algo que el neologismo, «lo contradictoirel», utilizado al mismo tiempo por Stéphane Lupasco y Gilbert Durand, trataba de poner de relieve, a saber: que la contradicción es inherente a toda experiencia vital. Véase esta distinción en Michel Maffesoli, *La conquête du présent. Pour une sociologie de la vie quotidienne*, París, Desclée de Brouwer, 1998, 19.

5 Esta idea aparece explícitamente condensada en el apartado titulado «La force imaginaire du politique», incluido en el libro Michel Maffesoli, *La transfiguration du politique. La tribalisation du monde postmoderne*, París, La Table Ronde, 2002, 27-43.

6 Esta transformación de las concretizaciones del «être ensemble» desde las «formas políticas» al «neotribalismo» actual puede encontrarse en Michel Maffesoli, *La transfiguration du politique. La tribalisation du monde postmoderne*, París, La Table Ronde, 2002, 240 y ss.

7 Esta idea puede verse desarrollada en Michel Maffesoli, *Au creux des apparences. Pour une éthique de l'esthétique*, París, Plon. Livre de Poche, 1992, 245 y ss.

8 Un desarrollo pormenorizado de esta temática puede hallarse en Michel Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria, 1990, 133-182.

9 La imbricación entre «lo arquetípico» y «lo más nuevo» puede hallarse en Michel Maffesoli, *La contemplation du monde. Figures du style communautaire*, París, Grasset, 1993, 121 y ss.

10 Si tuviésemos que elegir las influencias más relevantes que estarían condicionando el pensamiento sociológico maffesoliano, incidiríamos, sin lugar a dudas, en Gilbert Durand (imaginario), Durkheim (religión) y Simmel (formismo).

11 Véase, Michel Maffesoli, *La conquête du présent. Pour une sociologie de la vie quotidienne*, París, Desclée de Brouwer, 1998, 15.